
CAPÍTULO 1

EL ESCRITOR

UN RETRATO CORAL DE EDUARDO MENDOZA

En la segunda mitad de los años setenta, mientras asentaba su éxito literario, Eduardo Mendoza cimentó una imagen de caballero interesante, blasonado con los buenos modos tradicionales y nimbado por el aura de modernidad que le confería su residencia en Nueva York. Dicho de otro modo, al poco de echarse al ruedo, Mendoza acumuló elogios profesionales y piropos particulares. Se le tenía por un dechado de habilidades literarias, de esmeradas maneras y de buena planta, tipo David Niven en traje príncipe de Gales, aunque de mayor estatura. Eran elogios merecidos o, cuando menos, ajustados a la realidad. Y, por encima de todos esos signos, brillaba otro: con Mendoza, cuya primera obra, publicada siete meses antes de la muerte del general Franco, anticipaba nuevos tiempos, las letras españolas se renovaban merced a un escritor en estado de gracia, que en toda su vida sólo había pensado en escribir, y que en su debut había enamorado ya al público.

El fenómeno suscitó, por raro y contundente, algunas preguntas entre los aficionados a la lectura. ¿Cómo lo ha logrado Mendoza? ¿De dónde procede este hombre? Y, en definitiva, ¿cuáles son los rasgos profundos que se ocultan tras esta atractiva —y estilizada— imagen pública? Sirvan las líneas de este capítulo para bosquejar una respuesta a tales cuestiones, respuesta que se ofrece a modo de retrato coral de Mendoza, hilvanado con la voz del propio autor y con las voces de quienes le conocen bien. El perfil resultante, aunque incompleto, permite entrever las bases sobre las que se levanta la obra del autor, así como balizar su inicial recorrido biográfico, y apuntar algunos aspectos centrales de su carácter.

El círculo familiar

A la pregunta «¿Empezaste a escribir en tu adolescencia?», Eduardo Mendoza responde como sigue: «No, empecé de bebé. O poco después. Mi primer escrito —que reapareció tras la muerte de mi madre, cuando deshicimos la casa familiar— es una hojita de papel con unas pocas líneas y el dibujo de un soldado que toca la corneta. Lleva por título, si no recuerdo mal, “El enemigo se acerca”. Redacté esta pieza con cinco o seis años. Es un trabajo bastante sofisticado, para esa edad. El texto, sin ser muy largo, incluye signos como los dos puntos, los guiones, las comillas... Siendo un niño, yo ya me había dado cuenta de que existían unas convenciones narrativas. Eso es lo que solía hacer durante mis últimos tiempos como hijo único: distraerme escribiendo historietas.»

Es de suponer, pese a tanta precocidad, que antes de ser escritor Eduardo Mendoza fue lector. ¿Cuáles fueron sus primeras lecturas? «Los dos primeros títulos que recuerdo —dijo Mendoza en el verano de 2005, al dictar un curso sobre su experiencia como lector y escritor en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo de Santander— se titulaban *Orsina y el monstruo* y *Don huevo pelado*. El primero era un cuento clásico, a la manera de *La bella y la bestia* de Perrault. El segundo era un relato de aprendizaje mediante el sufrimiento y el esfuerzo, protagonizado en este caso por un huevo duro. Creo que con tan considerable bagaje inicial ya no me hubiera hecho falta leer mucho más.»

Mendoza había aprendido a leer con las monjas de Nuestra Señora de Loreto, que regentaban un centro educativo próximo a su casa. Allí experimentó, a los cinco años, su primera escolarización, que no había de durar más de un curso: durante ese período, las religiosas decidieron acabar con el régimen mixto y prescindir de los pupilos de sexo masculino. De modo que, a los seis años, Mendoza permaneció uno matriculado en la escuela de las Mercedarias. Y, ya en 1950, ingresó en los Maristas, donde recibiría toda la educación secundaria.

«Pese a que es siete años y medio mayor, Eduardo y yo compartimos muchas tardes en el cuarto de jugar de nuestro domicilio familiar barcelonés, en la calle Mallorca, 300 —indica su hermana Cristina—. Los nuestros eran unos juegos particulares: yo solía tirarme horas atada a un radiador. Era muy pequeña y mi papel era más bien pasivo, digamos que me limitaba a ser el instrumento de sus juegos. Pero diría también, con la perspectiva que dan los años, que esos juegos constituían una puerta a la fabulación y el relato; un pretexto para

escenificar una narración. Mientras yo permanecía sujeta al radiador, Eduardo iba saltando y bailando ante mí, y verbalizando un relato que se inventaba sobre la marcha. No se limitaba a lanzar gritos o a cantar canciones. Contaba lo que iba a suceder de inmediato, mezclando historias de apaches y de caníbales africanos.»

Eduardo Mendoza Garriga nació en Barcelona el 11 de enero de 1943 en el seno de una familia de funcionarios, de origen asturiano. Su abuelo fue abogado del Estado. Su padre, Eduardo Mendoza Arias-Carvajal, nacido ya en Barcelona, ejerció prácticamente toda su vida laboral como secretario de la fiscalía de la Audiencia de esta ciudad. Tan sólo se ausentó durante los años de la guerra civil: tras permanecer un tiempo escondido en Barcelona pasó a San Sebastián, vía Francia, y fue destinado a Logroño, donde desempeñó sus funciones hasta que terminó la contienda y ocupó su plaza en Barcelona.

La madre de Eduardo Mendoza, Cristina Garriga Alemany, procedía de una «vieja, pero no aristocrática ni acaudalada familia barcelonesa», según precisaba el propio Mendoza en una inusual, y algo novelada, evocación de su núcleo familiar aparecida en la revista *El Europeo* en mayo de 1986. Conoció al que sería su esposo antes de la guerra civil, pero el matrimonio no pudo celebrarse hasta dos años después de concluido el conflicto.

Por sus raíces familiares, por su idiosincrasia, y pese a su vinculación a la ciudad, Mendoza padre tenía unos hábitos y unas aficiones que podían ser identificados por muchos barceloneses, en los años aciagos de la posguerra, con un estilo de vida foráneo e, incluso, aunque no siempre por exacta derivación, con las fuerzas venedoras en la guerra y opresoras en la paz. «Como mi

padre solía llevarme con él y hacerme partícipe de sus actividades apenas pude sostenerme sobre mis propios pies —recuerda Mendoza—, fui con él a los toros, al frontón y al billar, al café donde se reunía su tertulia y a la peña taurina. Y crecí en el convencimiento de que todo aquello era lo más normal del mundo.»

De su madre, que fue joven en los años de la Segunda República, creció en un clima de apertura y trabajó en la empresa alimentaria de la familia Garriga —pero luego padeció la guerra civil (en la casa de veraneo familiar en Alella) y la cerrazón de la posguerra—, Mendoza consigna «el desengaño que le dio la vida: haberle hecho concebir ilusiones de libertad y autonomía que luego no se verían satisfechas ni siquiera en una mínima parte».

«Mi padre —cuenta la hermana del escritor— era una persona que no hubiera desentonado en Madrid, sus modos parecían más propios de la capital. Pero lo cierto es que nunca se le pasó por la cabeza irse de Barcelona. Ésta fue su ciudad. Era un caballero muy educado, cordial, también encantador, y muy cuidadoso con la indumentaria y con su aspecto.

»Podríamos calificarle —prosigue Cristina Mendoza— como un hombre de orden, pero no era un tarugo franquista, sino una persona culta. Había formado su biblioteca, era amante de la poesía, del teatro, en su juventud había sido actor aficionado. Eduardo ha heredado buena parte de esas características. Y también las de mi madre, que era otro tipo de persona, un auténtico diamante en bruto. Fue una mujer lista, curiosa e intuitiva, pero vio frustrado su desarrollo por un modelo social que la relegó a las tareas del hogar, a lo que entonces se conocía como “sus labores”.»

El gusto por la narración y la lectura

Estas dos personalidades se fundieron en la de Mendoza. Su padre quería que cursara la carrera diplomática, le parecía una aspiración lógica en el seno de una familia como la suya, con tradición de servidores del Estado. Por eso le encaminó, como paso previo, hacia los estudios de Derecho. Su madre, por el contrario, siempre prefirió apostar por las aptitudes naturales de Eduardo. Sabía que, desde niño, mostraba una tendencia a representar la realidad a su aire, a escribir historias, a veces simples viñetas. Y fomentaba este gusto por la narración. Los jueves por la tarde, aprovechando la libranza escolar, se iban juntos al cine de sesión continua, y podían ver una y otra vez *Las minas del rey Salomón*, con Stewart Granger y Deborah Kerr, o una película de John Ford como *Fort Apache*, hasta que se acercaba la hora de cenar. El ámbito de la narración, de la expresión, le parecía a Cristina Garriga del mayor interés. Por eso apoyó a su hijo cuando, siendo ya universitario, ganaba un dinero colaborando en programas de radio, escribiendo en revistas musicales, haciendo entrevistas a figuras del espectáculo entonces en boga como Gelu, Luis Aguilé, el Dúo Dinámico o Núria Feliu («lo mío era periodismo de barricada», ironiza el autor). Su padre no sabía gran cosa de estos menesteres, tal vez no los hubiera aprobado. Su madre, por el contrario, los fomentaba; y, al comportarse de este modo, quizás vivía por mediación de Eduardo lo que a ella se le había negado.

Sin salir del círculo familiar, Mendoza descubrió otros estímulos que incrementaron su interés por la escritura y la lectura. Durante los años de infancia y primera juventud visitaba con frecuencia el piso de su

abuela materna, en la calle Consell de Cent, esquina con Balmes, donde se conservaban los libros que su abuelo, un anglófilo de pro, había coleccionado. En ese domicilio familiar coincidían otras bibliotecas, como las de los hermanos de su madre, los tíos Carlos (que vivía allí con la abuela) y Ramón (periodista y escritor afincado en Buenos Aires). Este último, que estuvo en Burgos durante la guerra, que fue estrecho colaborador del entonces todopoderoso Ramón Serrano Súñer, agregado en la embajada española en Berlín durante la Segunda Guerra Mundial, corresponsal de prensa en Frankfurt a su término y, posteriormente, tomó distancias con el franquismo y emprendió el camino del exilio argentino, había reunido una muy buena biblioteca. En ella pasó Eduardo muchas horas.

«Mi padre era también lector —añade Cristina Mendoza—, pero sus preferencias iban por Rubén Darío, los hermanos Machado, Benavente, Echegaray... Escuchaba a menudo unos discos del actor Alejandro Ulloa recitando poemas de Pemán. Él mismo los recitaba también, y lo hacía bien, aunque su estilo nos parecería hoy un tanto apolillado. En la biblioteca del tío Ramón, Eduardo descubrió otro tipo de autores, los clásicos universales —Dickens, Stendhal, Balzac, Dostoievski, Chejov, Proust...—, que no figuraban en la biblioteca paterna. Ramón y mi madre estaban muy unidos, y ella, a menudo, se confundía y llamaba a su hijo Eduardo por el nombre de su hermano Ramón.»

«Tuve pocas ocasiones para ver al tío Ramón —rememora Mendoza—, tan sólo coincidimos en Barcelona un año largo, entre su regreso de Frankfurt y su marcha a Argentina. Pero conservo un recuerdo indeleble de sus libros, alineados en estanterías protegidas con puertas de

cristal, en la biblioteca de casa de la abuela. Era una habitación muy confortable, silenciosa, con ventanales que daban a un típico patio interior del Eixample. Cuando acompañaba a mi madre en sus visitas a la abuela, pasaba largos ratos en esa biblioteca. Y luego me llevaba libros a casa, me sentaba en la butaca de mi padre cuando él se recogía, y los devoraba. Así me cepillé buena parte de aquel tesoro. Desde entonces no he vuelto a leer con semejante intensidad. Los libros fueron mi salvación en una época tediosa y nada estimulante.»

Esta proximidad familiar a los libros se vio, en cierta medida, complementada por la formación en el colegio de los Hermanos Maristas del paseo de Sant Joan de Barcelona, donde Mendoza cursó estudios entre 1950 y 1960. «Los religiosos de aquel tiempo consideraban, a mi entender acertadamente —opina el escritor—, que la literatura era una forma de explicar el mundo como otra cualquiera, aunque no la peor. No se pretendía aficionar al niño a la lectura, sino simplemente enseñarle literatura, ni que fuera a porrazos. Y, en primer lugar, las glorias nacionales: Lope, Cervantes, Calderón, Fray Luis...»

(Por lo demás, la impresión que conserva Mendoza de su paso por los Maristas no es muy caritativa. Según el escritor Javier Cercas, «Mendoza sólo puede llegar a perder la compostura hablando de dos temas, y uno de ellos es el referido a los Maristas». «En los Maristas —detalla Mendoza— lo pasé muy mal. Y no soy el único, ésta es una experiencia común entre ex alumnos con los que me une amistad. Los que a mí me tocaron en suerte eran muy brutos. Los Jesuitas tenían fama de opresivos, pero también de que con ellos daban ganas de aprender. No puedo decir lo mismo de los Maristas. Y, encima, pegaban.»)

De modo que las bibliotecas familiares —nutridas con una buena selección de clásicos universales— y la aportación de los Maristas —concretada en su ración de glorias nacionales— encauzaron en hora temprana la vocación del autor. El Mendoza escritor siempre se ha reclamado hijo de aquellas primeras lecturas en profundidad, «que no fueron muchas, pero sí muy provechosas», así como de su conocimiento de la lengua propia, del dominio de otros idiomas y de sus charlas con amigos que compartían la afición lectora o el oficio de escritor.

Afinidades en Caldetes

Caldes d'Estrac fue la localidad de veraneo elegida por los padres de Mendoza cuando éste ingresó en la adolescencia. La época de gran esplendor de aquella villa costera barcelonesa, conocida popularmente como Caldetes, quedaba ya, mediados los años cincuenta, un tanto atrás. Los Mendoza alquilaron una casa discreta, situada en la calle de Sant Pere. La madre y los hijos se integraron sin dificultades en la colonia de veraneantes. Pero el padre, urbanita impenitente, demoraba sus estancias en la ciudad todo lo que podía, y sólo aparecía por Caldetes los sábados al caer la tarde. Durante aquellos estíos, Eduardo tuvo ocasión de seguir cultivando su afición a los libros.

«Entre los adolescentes que veraneábamos en Caldetes, pronto nos juntamos Ricardo Pédigo, Joaquín Mestres, Luis Ibáñez, yo mismo —indica el poeta José Luis Giménez-Frontín— y, algo después, Eduardo Mendoza. Integrábamos un grupito de jóvenes lectores in-

crustados en aquel ambiente de veraneo burgués. Leíamos mucho y, no contentos con eso, dedicábamos bastante tiempo a comentar las lecturas y, por supuesto, a hablar sobre lo divino y lo humano. Nos tragábamos lo típico de esa edad, Rider Haggard, Conan Doyle, Salgari y Verne. Luego, con trece o catorce años, ya pasamos a otras lecturas. A Eduardo le gustaban mucho los rusos, Tolstoi, Dostoievski, Turgueniev, Chejov. También leíamos a los clásicos grecolatinos. O a Kafka. Y poesía, aunque a él entonces le interesaba menos.»

«Eduardo era la figura arquetípica de nuestro grupo —afirma el ingeniero Luis Ibáñez—. Las bicicletas, las barcas y los deportes en general le atraían poco, aunque participara en estos y otros ritos vacacionales. Era la antítesis del joven deportista. Tenía el verbo fácil, fluido, literario; la palabra era ya su herramienta para la convivencia. Lo que le gustaba de verdad era hablar de libros y de cine. Y ése no era un hábito muy extendido. Con el tiempo contactaríamos con grupos de extranjeros y extranjeras que veraneaban en Caldetes, gente más abierta, más interesante. Pero la colonia local, pese a hallarse en la edad de los primeros ligues y del despertar intelectual, era mayoritariamente casta, muy religiosa y poco o nada leída. Nuestro grupito se distinguía del resto de chicos y chicas porque todos nosotros estábamos decididos a sacar adelante unos estudios universitarios. Y eso no era allí lo más corriente. Para buena parte de la sociedad acomodada que disfrutaba del sol y el mar en Caldetes la formación superior no parecía una prioridad. Ni para los jóvenes ni para sus progenitores. A alguna de nuestras amigas sus padres llegaron a prohibirle la inscripción en la universidad. A nuestro grupo lo diferenciaba y lo cohesionaba el deseo de estudiar, la

afición lectora y, en definitiva, la idea de que era preciso adquirir una formación.»

Conductas teatrales

«Debíamos ser unos adolescentes aburridos y repelentes —añade Giménez-Frontín—. Aunque, a ratos, también jugábamos la carta del malditismo. Nos enfrascábamos en larguísimas partidas de póquer, bebíamos e incluso nos tumbábamos sobre la vía del tren cuando éste se acercaba: se trataba de dilucidar quién tardaba más en levantarse... Todos participábamos en esas locuras, pero Eduardo era siempre el más comedido del grupo, el Ulises, el sabio prudente.»

«Eduardo es una persona sensata, y también un descreído —declara su amigo el escritor Félix de Azúa—. Eso le lleva, en ocasiones, a ciertas conductas teatrales. Recuerdo uno de nuestros primeros encuentros, siendo estudiantes. Acabábamos de ver la película *El séptimo sello* de Bergman y nos pusimos a comentarla. “Hay claves muy enigmáticas en aquel mundo”, dijo Eduardo, con un halo de misterio. Creí que tenía razón, me dejé pensativo y algo impresionado. Sólo años después me di cuenta de que me había tomado el pelo. Impostaba tan bien que no se le notaba. Como ahora. Y eso hay que relacionarlo con su descreimiento. No es que sea un hipócrita: es que tiene que hacer un esfuerzo para no caerse de risa cuando se tratan asuntos aparentemente trascendentales. Pero es un tipo educado y disimula.»

El propio Mendoza ha afirmado en alguna ocasión que ese disimulo es fundamental. Que sus buenas maneras, huella de la educación familiar, son en su caso

una realidad. Como también lo es que, a menudo, las usa a modo de disfraz, sin cuyo concurso no le sería posible dedicarse a transgredir las normas, que es lo que realmente le hace feliz.

«No es un tipo intrépido, sino alguien que mide mucho los riesgos —añade su amigo Ricardo Pérdigo—. Sin embargo, mi primera impresión de Eduardo, cuando le conocí en Caldetes, fue la de ser una persona muy segura de sí misma, que hacía afirmaciones taxativas. Si le ofrecías un pitillo era capaz de responderte con un “yo no fumo, y menos estas porquerías”. Ahora bien, afirmaciones como la citada eran fruto, al tiempo que del aplomo y de cierto sentido teatral, de su humor.

»El humor —prosigue Pérdigo— ha sido un factor constante en nuestra relación. Eduardo aparecía a menudo con una cuartilla en la que había escrito unos chistes, una broma, un pasaje metafísico. Recuerdo, por ejemplo, un papel en el que aparecían unos pingüinos bailando el *Oriamendi*. Leíamos ese tipo de apuntes y nos reíamos. Yo diría que en esa etapa de primera juventud ya sabía que lo que quería era escribir, y también que algún día llegaría a dominar la escritura como un medio de expresión que le permitiría relacionarse ventajosamente con el mundo.»

La universidad

«Consciente de mis aficiones literarias —dice Mendoza— pensé que quizás debía matricularme en Letras. Pero luego recapacité, porque no me veía de profesor de literatura; y, además, consideré otro factor disuasorio: en esa carrera había muchas monjitas.» De modo que,

finalmente, Mendoza complació a su padre y optó por los estudios de abogado. (Al poco de empezarlos, con 18 años de edad, el futuro escritor se presentó voluntario para cumplir sus obligaciones militares. Eligió como destino cierto cuartel de Valladolid, donde merced a las relaciones paternas consiguió un enchufe que le permitió liquidar la «mili» en pocas semanas.)

El poeta, editor y académico Pere Gimferrer abre sus memorias, todavía inéditas, con una alusión a su llegada a Derecho y, en concreto, con una referencia al grupo de estudiantes que se reunía en el bar de esta facultad barcelonesa en la primera mitad de los años sesenta. En dicho grupo figuraban alumnos de leyes, como Mendoza (que cursó sus estudios entre 1960 y 1965), el propio Gimferrer, Francesc de Carreras, Juan Ventosa o José Luis Giménez-Frontín; profesores como Ángel Latorre o Luis del Castillo; y alumnos de otras facultades, como Félix de Azúa. Eran reuniones informales, abiertas, que generalmente tenían lugar por la mañana, entre la hora del desayuno y la del aperitivo. En ellas se comentaban asuntos de política, de cine, de arte o de literatura, con mayor frecuencia que otros relacionados con el Derecho.

«Algunas facultades no disponían todavía de bar —aclara Mendoza—, y eso explica que en el de Derecho se concentrara lo peor de cada casa. Fueron reuniones formativas. Las vistas eran estupendas y nos atendía un camarero muy competente, que por las noches servía copas en la Bodega Bohemia.»

El tema literario no era, como se ha dicho, el único, ni siquiera el central, en aquellas reuniones. Pero en su transcurso se gestaron otros encuentros, celebrados en domicilios particulares, donde se desvelaron poemas,

narraciones y ensayos de los participantes. «Lo que más se leía en tales reuniones era poesía —recuerda Mendoza—; es normal, nadie hubiera soportado la lectura de una novela entera.» «Cada uno de nosotros —rememora Gimferrer, el único que entonces ya había publicado—¹ presentó sus textos literarios. Eduardo leyó uno titulado “Mis juguetes”, de una o dos páginas, un poema en prosa entre irónico y sarcástico, que cabría calificar de literariamente subversivo.»

Mendoza replica que «de ese texto sólo se acuerda Gimferrer; quería ser prosa vanguardista, quizás un fragmento escrito ex profeso para esa reunión, en el que habría deslizado algunos guiños cuyo objeto era acreditarme como una persona de lecturas y saberes literarios. En aquellos tiempos, yo sólo producía ese tipo de textos, que eran meros tanteos. Mi primer objetivo, entonces, era escribir, luego ya se vería si tenía algo que decir o no. De hecho, acumulaba varios proyectos de novelón, interrumpidos todos ellos en la página cinco o seis, pero concebidos como una respuesta a *Guerra y paz*; también guardaba algún esbozo de obra teatral».

En el capítulo alimenticio, además de las entrevistas a cantantes ya mencionadas, Mendoza produjo durante su último año en Derecho varias novelitas románticas, que publicó con diversos seudónimos en una revista femenina barcelonesa. Eran historias de idilios universitarios, amores rústicos o encaprichamientos obsesivos, recogidas en una publicación que ofrecía a sus lectoras notas sobre estrellas de cine, moda, animales domésticos y salud, jun-

1. En 1963, Pere Gimferrer dio a imprenta su primer poemario, *Mensaje del tetrarca*, y en 1966 editaría *Arde el mar*, que le valió el Premio Nacional de Poesía.

to a secciones de mérito como la titulada «Confesiones de una auténtica chica yeyé». «Sólo recuerdo —dice un Mendoza aquí partidario de la desmemoria— que las escribía a medias con algún amigo, instalado en el más absoluto cinismo. Y poco más. Aunque deberían tener más importancia para mí, puesto que fueron el primer trabajo literario editado y remunerado que tuve.»

Antes de acabar sus estudios de abogacía, Mendoza intentó publicar otro tipo de relatos en *El Noticiero Universal*, sin conseguirlo; e incluso terminó una novelita corta, que ofreció a varios editores y no prosperó. (Años después, cuando ya había debutado con todos los honores, se la pidieron, y entonces fue él quien se negó a editarla y, para evitar sorpresas, quemó el manuscrito.) Pero en la época de las primeras reuniones de Derecho, su producción era todavía escasa. Tanto es así, que a Mendoza le daba la sensación de ser un intruso. Veía a sus colegas con más nivel, envidiaba su seriedad, y temía que cualquier día le tacharan de impostor y le excluyeran del grupo. Además, Mendoza no era muy partidario de exhibir sus aficiones literarias, porque en los colegios se solía escarnecer a quien manifestaba tales veleidades. «Ser escritor me parecía, por tanto, algo vergonzoso, propio de ratas de biblioteca, de tipos con gafas de mucha graduación que no se comían una rosca. Más tarde descubrí que era al revés, que algunos decían que eran escritores para ligar», admite Mendoza.

El despertar político

Félix de Azúa asegura que el bar de Derecho fue a la sazón «un crisol, el último momento intelectualmente

eficaz de Barcelona. Pensábamos en el minuto siguiente al que estábamos viviendo. De lo que se trataba era de averiguar dónde podíamos ir a bailar, a beber y, con suerte, a fornicar. Todo era muy metafísico. Aquél era el único núcleo pensante de la ciudad, el resto de la gente se dedicaba a la política».

«A Eduardo le gustaba más la literatura que la política —indica el catedrático de Derecho Constitucional Francesc de Carreras, compañero de estudios y amigo de Mendoza—, pero en la facultad hizo también política, aunque quizás arrastrado por los que estábamos más organizados. Aquellos eran años de gran agitación, a nivel general y universitario: fue entonces cuando nos infiltramos en el oficialista Sindicato Español Universitario (SEU) y nos escindimos para crear el Sindicato Democrático de Estudiantes de la Universidad de Barcelona (SDEUB), que se constituiría formalmente en 1966.»

«Yo participaba en la actividad política, como todos. No estaba encuadrado en ningún partido, pero cada día se convocaban asambleas y todos acudíamos. Fui delegado de información de la facultad en quinto curso —dice Mendoza—. No puede decirse que tuviera una gran vocación social, no era muy sociable, tampoco lo soy ahora; ni que la política despertara mi entusiasmo. Pero, en esa coyuntura, uno reparaba en que había que intervenir, quiero decir que no lo hacía únicamente para congraciarme con mis amigos. En general, la universidad era un reducto tranquilo, un feudo de los hijos de papá. Ahora bien, también conoció épocas de algaradas, en los cincuenta y en los sesenta. Y en mi último año de facultad la cosa se puso seria: se produjo por entonces la expulsión de cincuenta profesores, el célebre grupo encabezado por José Luis Aranguren, Agus-

tín García Calvo, Enrique Tierno Galván y un cuarto docente, que era profesor de gimnasia, y de cuyo nombre casi nadie se acuerda. En Derecho de Barcelona creo que destituyeron a cinco profesores ayudantes. Decidimos copar sus plazas, lo que era una manera de mantenerlas en manos democráticas mientras duraban las sanciones. Creo que yo me hice cargo de la de Jordi Solé Tura, entonces profesor no numerario, y muchos años después ministro de Cultura. Todo ello, dentro de la cátedra de Derecho Político de Manuel Jiménez de Parga, donde me ocupé de unos seminarios, sin llegar a dar clase.»

«Eduardo —recuerda José Luis Giménez-Frontín, compañero de veraneos y también de estudios— siempre estuvo donde debía, nunca se escaqueó. No era un líder nato, pero tenía unos niveles de participación política correctos, sobre todo en las asambleas.» Gimferrer recuerda a Mendoza como «claramente antifranquista». Y Pérdigo precisa que «política y culturalmente, en sus años universitarios, Eduardo era en teoría de extrema izquierda, un auténtico exaltado. Pero en la práctica se conducía con prudencia. Y, ante ciertas situaciones de riesgo, se excusaba así: “Imagínate que me pillan, vaya disgusto para mi padre, no lo entendería.” Sentía un gran respeto por su padre. O a lo mejor era comedia, quién sabe. O, más probablemente, eran ambas cosas: por una parte le temía, y por otra ya se reía de eso. Eduardo es así, capaz de ver la realidad, simultáneamente, desde distintas posiciones, y al tiempo de narrarla a su manera, fantaseando, mezclando lo real y lo fantástico, y echándole siempre al relato sentido del humor. Recuerdo una vez que le llevaba en moto a Caldetes, algo que su padre le tenía rigurosamente prohibido. Íbamos por la carretera que discurre junto al ferrocarril

y, cuando se acercaba el tren, Eduardo me decía: “¡Para! ¡Para! Si va mi padre en ese tren, y descubre que ando en moto, se enfadará mucho y empezará a lanzarme flechas...” A menudo se comportaba de este modo, era muy teatral, muy cuentista.

»En realidad, Eduardo desempeñaba todos los papeles, el del osado y el del comedido. Quizás esto último tenga que ver con su horror a entrar en conflicto. Cuando divisa uno, aunque sea enorme, su preocupación mayor es la de calzarle unos patines, hurtarle el cuerpo, y dejar que desfile por su lado sin detenerse, hasta desaparecer», concluye Pérdigo.

Un humor particular

El humor es, como se ha apuntado, uno de los rasgos que definen la personalidad de Eduardo Mendoza. El psicoanalista Jaime Nos, uno de sus mejores amigos, al que conoció al poco de llegar a Nueva York «en una manifestación contra el golpe de Pinochet, o contra los coroneles griegos», corrobora esta opinión: «Eduardo es una persona con la que me he entendido muy bien a través del humor. El suyo es un humor plurifacético. Hay un humor muy español que se basa en reírse de los demás. Y luego está el modelo de humor judío, que consiste también en meterse con uno mismo. Eduardo practica los dos, combinados. Busca siempre el *one punch line*, la frase de efecto cómico. Y, si tiene el día sembrado, las encadena.»

«El sentido del humor es, junto con la buena educación, el rasgo definitorio de Eduardo —dice el barcelonés Alejandro Vilafranca, que fue compañero suyo en

Naciones Unidas de Nueva York desde 1973—. Este sentido del humor consiste en una ironía suave, a veces próxima a la crueldad pero sin caer en ella, en una visión desencantada del mundo. El propio Eduardo se sitúa a sí mismo entre las dianas elegidas, puesto que practica ese tipo de humor que los ingleses llaman *self-deprecating*, autodenigratorio, y que causaba cierta impresión en las señoras inteligentes, para envidia de todos nosotros, sus amigos.»

Llevando la cuestión al terreno literario, el escritor Vicente Molina Foix precisa: «La gran aportación de Mendoza a las letras españolas es el humor que los británicos califican como *deadpan*, y que, en traducción libre, yo definiría como un humor demoledor y hasta truculento, pero seco, es decir, sin derramamiento de sangre ni tracción de músculos.»

«El humor tiene que ver con el lenguaje del desencanto... Pero no nos pongamos serios. Si tuviera que definir mi humor —señala Mendoza—, quizás me acordaría de los hermanos Marx, porque ellos sabían mezclarlos todos; por un lado el del payaso que tropieza y se da de bruces, por otro el epigrama culto: Pompoff y Teddy con Oscar Wilde. Me gusta ese humor que los combina todos y bien. Es lo que yo he intentado: ensamblar el chiste escatológico, tan catalán, en el límite de lo publicable, con la ironía fina, también catalana puesto que está en Josep Pla, o con el humor del *understatement* británico-judío.

«Vivir en Estados Unidos —añade Mendoza— tuvo en este sentido varias ventajas. Una fue el poder familiarizarme con el mundo del *entertainment*, o incluso de los *late night talk show*, donde se cultiva la respuesta rápida e ingeniosa. Yo me podía quedar horas y horas em-

bobado viendo estos programas, aunque no pasara nada, porque estaban bien contruidos y su ritmo era irresistible.»

Pero la pasión de Mendoza por el humor no hay que datarla en su estadia norteamericana, puesto que le ha acompañado siempre. «Desde que éramos muy jóvenes —dice Pérdigo—, Eduardo y yo nos hemos reído haciendo juegos de palabras, es un vicio del que no logramos desprendernos. Su padre se ponía frenético, no alcanzaba a comprender el porqué de tanta risa. Es como si le oyera: “¿Me queréis explicar por qué os estáis riendo siempre?”»

Sin embargo, Mendoza padre quizás no hubiera debido extrañarse tanto. La arquitecta Anna Soler —que fue compañera del escritor y es madre de sus dos hijos, Ferran y Alexandre—, afirma que en el domicilio paterno de Eduardo Mendoza confluían dos tipos de humor. «Por la rama paterna, un gracejo y una simpatía determinados, quizás una expresión más social del humor. Y, por la rama materna, una capacidad chistosa natural para narrar la propia historia familiar de un modo muy divertido... A todo eso hay que sumar el factor generacional, el hecho de que Eduardo hubiera completado su formación cuando se estaba cociendo mayo del 68, y tuviera por tanto una visión crítica del poder, un humor antiautoritario. Un humor que, por otra parte, quizás integrara también componentes psicoanalíticos, propios de quien se rebela inconscientemente, a través de la risa y el descreimiento, contra una tradición familiar de orden.»

«Algunos confunden el humor con la frivolidad —señala Nos—. Quizás porque en España se valora más la seriedad que el humor. Eduardo prefiere el humor, que en su caso nunca es banal, siempre dice algo. Y, a

menudo, es un rasgo de civilización, algo comodón, si se quiere, pero destinado a conservar la armonía, a evitar el conflicto.

»Le voy a dar un ejemplo de lo dicho —prosigue Nos—: a mí me gusta el jazz, un género musical que nunca ha interesado particularmente a Eduardo. Intenté introducirle en la materia dándole a escuchar al pianista Thelonious Monk. Íbamos en coche, charlando, de regreso de los West Hamptons, creo. Yo estaba encantado con la música, de tal manera que, sin darme cuenta, subía su volumen cada vez que hablaba Eduardo y lo bajaba cuando hablaba yo. Era una grosería por mi parte, claro está. Otro me lo hubiera reprochado. Eduardo, en lugar de afearme la conducta, se limitó a preguntar: “¿Qué pensarías de un tipo que sube la música cuando le hablas y la baja cuando habla él?”»

El gamberro

«Ahora bien —añade Nos—, tengo la impresión de que la elegancia y el aspecto comedido de Eduardo pueden llamar a engaño... Eduardo está encantado de que alguien le ayude a quitarse esa máscara.» «Eduardo —coincide el pintor Carlos Pazos, que le trató con cierta regularidad en Nueva York— siempre ha exhibido una pose de señor mayor, pero sin duda tiene también bastante vocación de gamberro.» «Por algunos de sus ademanes —prosigue Nos—, Eduardo podría parecer un carca. Pero no lo es. Sus formalismos ocultan a alguien que odia al trepa, y que odia la autoridad que impone el fuerte, el peligroso, por el mero hecho de serlo. Frente a eso, la fuerza del gamberrismo de Eduardo es temible.»

Ganarse la vida

Una vez terminados los estudios universitarios —cuyo colofón fue un viaje de fin de carrera a Egipto, junto a una veintena de compañeros, a bordo de un historiado buque que hizo escalas en Marsella, Nápoles y Alejandría—, y tras sus primeros escauceos periodísticos y editoriales, Mendoza se vio situado en puertas del mundo laboral. Se sentía atraído por una clara vocación literaria y deseoso de hallar un tipo de ocupación que le permitiera convertirse en escritor rentista. «A mí me educaron —reconoce el autor— en la cultura del *ancien régime*... Antes, si eras abogado y disponías de una plaza en propiedad, ya tenías la vida resuelta. Mi padre me lo repitió mil veces: “Si quieres escribir, aprueba primero unas oposiciones, toma posesión de tu cargo y solicita una excedencia.” No había más que dar los primeros pasos profesionales, amarrar la plaza y dedicarte luego a lo tuyo con la garantía de que, por mal que rodaran las cosas, nunca te morirías de hambre. Era un sistema curioso: no sólo te permitía abandonar temporalmente, quizás por largos años, tu trabajo; es que además, durante tu ausencia, seguías ascendiendo en el escalafón. Se dan casos sensacionales. Tengo un buen amigo que pertenece al cuerpo jurídico del Ejército, aunque lo que le gusta de veras es la traducción del alemán. Pues bien, dedicó buena parte de sus esfuerzos a traducir a Günter Grass y a Thomas Bernhard, pero no por ello dejó de llegar a general de brigada.»

Ricardo Pédigo abunda en esta idea: «Ganarse la vida era una preocupación central para Eduardo. Pero tenía un concepto algo curioso del trabajo. Le atraía la idea de disfrutar de una prebenda, un sueldo en el

Ayuntamiento, sin tener que presentarse demasiado por allí. No era una cuestión de pereza. La obsesión de Eduardo siempre fue escribir, y eso suponía, previamente, conseguir tiempo y recursos.»

A su manera

En el verano inmediatamente posterior a su último curso universitario, Mendoza se fue de viaje por Europa. Había conseguido una beca muy ventajosa, relacionada con el Derecho comparado, que le permitía visitar distintos países. «Estuve —recuerda— en Suecia, en Uppsala y Estocolmo. Luego bajé a Alemania, visité Berlín, y de ahí pasé al sector oriental. Fui a Austria, estuve en Viena... Recorrí partes de la ciudad aún en ruinas. Te montabas en un tranvía y de repente pasabas ante una manzana que seguía reducida a cascotes desde la Segunda Guerra Mundial. Era como pasearte por los escenarios de la película *El tercer hombre*. Aquello me impresionó, acaso porque la idea de la historia incorporada a la experiencia personal siempre me ha motivado. Después fui a Praga y lo que vi no me complació. De vuelta en Barcelona, les conté a mis amigos que el paraíso comunista me había causado una triste impresión. Ese mensaje fue muy mal recibido. Mis compañeros politizados, que se habían pasado el verano en Grecia, bañándose en pelotas, se enfadaban conmigo porque yo había elegido Praga y no me había gustado. Los datos que se manejaban aquí sobre lo que ocurría en el Este no solían ser de primera mano. A mí la experiencia me trastocó, abonó mi natural escepticismo. Ver que aquello era un infierno burocrático, que la gente sobrevivía

en el umbral de la pobreza, desesperanzada, pero que tú, si disponías de dólares suficientes, podías meterte en un piso e hincharte a caviar...»

«Eduardo —concluye su hermana Cristina— parece a veces como si no estuviera en el mundo, como si viviera aislado en el suyo propio, entregado a sus cuitas. Pero, a la vez, es siempre consciente de la situación en la que se encuentra, y está capacitado para actuar en consecuencia. Eso se nota también en sus novelas. Lo suyo es jugar con la realidad y, al tiempo, alimentar la sensación de que puede tomar cierta distancia respecto a ella. No es fácil de explicar, quizás sería mejor decir que se enfrenta a la realidad, simultáneamente, desde distintos niveles. Por una parte, la realidad parece un juguete en sus manos; por otra, él parece un juguete en manos de la realidad. Pero es más cierto lo primero que lo segundo, pese a que las apariencias sugieran lo contrario...

»Cuando era pequeño —prosigue Cristina Mendoza—, Eduardo iba a los Maristas con su cartera a la espalda y su cuello duro. Y en ese cuello duro alguien había garabateado, a lápiz, algo así como “Eduardo tonto”. Mi madre le reprendía por dejarse hacer eso. Luego le preguntaba por el bocadillo de la merienda y mi hermano contestaba: “Me lo han quitado”... Eduardo a veces puede parecer tonto. Pero no tiene ni un pelo de tonto, sabe dominar la situación a su manera. Hace unas semanas le recordaba la anécdota del cuello duro y él me respondió: “Si se diera la circunstancia, me lo dejaría garabatear otra vez; el que lo hizo carecía del menor interés, y yo no iba a discutir ni a pelearme con él.” Éste es Eduardo. Sabe adónde va. Puede ser que le pinten el cuello y le birlen el bocadillo. Pero cuando esté en

su terreno literario, ahí donde quiere estar, nadie va a poder con él.»

La complejidad, a tres voces

Este carácter complejo, polifacético, de Eduardo Mendoza, es resumido por el académico Francisco Rico, buen amigo suyo, como sigue: «Tiempo atrás, un día que coincidí con Eduardo en el puente aéreo, la azafata le saludó con un “Buenos días, señor Mendoza”. “Esto es la fama”, le felicité. A lo que él me contestó: “No. La fama es que llegues al avión, te sienten y una voz diga por el sistema de megafonía: ‘Bienvenidos a bordo de la aeronave Eduardo Mendoza.’” ¿Qué quiero subrayar con esto? Pues que Eduardo no es por dentro como parece por fuera, ni por fuera como parecería si lo pudiéramos ver por dentro: por ejemplo, piensa mucho en su imagen pública. Eduardo es, exteriormente, un señor de los años y de la edad que tiene. Y es, al tiempo, muy distinto. Sabe comportarse correctísimamente, pero en su interior bulle un alma rebelde, opuesta a la convención de acuerdo con la cual se conduce exteriormente. Logra conciliar estos dos rasgos de modo admirable. Eduardo sabe vivir muy bien y de modo muy formal, aparentemente, sin anular un desmadre personal interior que se le nota muy poco. Quizás porque es muy sociable, muy afable... Pero diría que a menudo no se cree a los demás ni a sí mismo. Añadiré que es estudiadamente natural, y que le gusta dar cierta idea de personaje desvalido, que tiene mucho éxito entre el público, entre las mujeres en particular. ¿Es todo eso fruto de una decisión, de un cálculo, de un capricho? No lo creo. Tengo a Eduardo

por un hombre de gran inteligencia e imaginación, que sabe ver muy bien las dimensiones absurdas de la realidad, lo grotesco de la normalidad, y todo eso le lleva a comportarse como se comporta, y a establecer una lógica interna en sus relatos, en sus novelas, que es algo muy especial. Eduardo es por tanto convencional y disparatado a un tiempo. Y eso se refleja en su escritura, que exhibe una mezcla de realismo y de surrealismo, de realismo en el contexto y de surrealismo en las acciones, lo que por cierto viene a corresponderse con el planteamiento del Quijote, donde todo es real y verosímil, salvo el propio Don Quijote.»

Pere Gimferrer, que en 1973 sería el descubridor editorial de Mendoza, dice de él: «Con su primera novela creó y ocupó un nuevo espacio en la narrativa española. Hasta entonces, la escena estaba dominada por dos corrientes. Dejando a un lado algunas individualidades importantes, y al otro lo comercial o lo obsoleto, quedaba una supervivencia tardía del social realismo y, junto a éste, una emergencia de la literatura textual experimental. Lo primero no le interesaba a Eduardo, ni a mí. Lo segundo, sí, pero no era nuestro tipo de escritura. En esa encrucijada, Eduardo halló su propio espacio y abrió nuevos caminos para la literatura en castellano, configurando su voz, y asimilando dentro de ella un lenguaje literario español que va por lo menos desde la picaresca y Cervantes hasta Valle-Inclán y Baroja, con huellas también, fuera ya del ámbito español, dickensianas.»

«Eduardo ha representado para la prosa española lo que los Novísimos para la poesía —afirma Félix de Azúa—. Su aportación no ha consistido únicamente en destruir cierta idea de trascendentalidad o de alta res-

ponsabilidad del arte, de un arte casi con hache (que era la idea imperante cuando él debutó); ha consistido también en traer ese arte al mundo, pero sin renunciar a nada, sin trivializar la literatura. Esa trivialización empezaría mucho más tarde, y ahora ya es absoluta; hoy la literatura es simplemente un producto comercial, ya no es literatura. Pero cuando publicó *La verdad sobre el caso Savolta*, Eduardo asumió el reto de descender del Olimpo y, sin prescindir de la calidad literaria, que en su caso es indudable, se propuso la recuperación de la lectura y del lector. Y logró ambas cosas.»

En primer lugar

Las afirmaciones de Rico, Gimferrer o Azúa, tres personas que gozan de la amistad de Mendoza y que conocen con detalle sus obras desde hora temprana, son compartidas por una parte significativa de los autores y editores españoles. Los primeros no ocultan que envidian sus dotes de escritor; y los segundos proclaman sin ambages que les encantaría incluirle en sus respectivas escuderías. Para todos, Mendoza es un autor de primera línea en la narrativa española de la democracia. De hecho, así lo expresaron un selecto grupo de creadores y críticos en la encuesta realizada por *El País* en octubre de 1991, con ocasión de la Feria del Libro de Frankfurt, que tuvo aquel año a España como país invitado. Mendoza se alzó en dicha consulta con el mayor número de votos (54), por delante de Juan Benet (51), Juan Marsé (39), Javier Marías (32) y Manuel Vázquez Montalbán (29). Y consiguió colocar dos de sus obras entre las cinco mejores del período 1975-1991: *La verdad sobre el*

caso Savolta (en primer lugar) y *La ciudad de los prodigios* (en tercer lugar).

Acuerdo intergeneracional

Aquella percepción, que es de singular valor puesto que fue sustentada por los colegas y competidores de Mendoza, se mantiene, pasados quince años, entre las distintas generaciones que integran el gremio literario. Algunos de sus miembros más destacados contribuyen, a continuación, a enriquecer el retrato coral de Mendoza. «Eduardo es quizás el autor con más gracia, en los dos sentidos de la palabra, de la literatura española de los últimos treinta años —asegura Javier Marías—. Con su primera novela sentó las bases de un tipo de narrativa apenas cultivada con anterioridad en España y que, con posterioridad, ha tenido numerosos seguidores e imitadores. Con las demás ha mantenido abierta esa senda, enormemente fructífera, sólo que haciendo quiebros a su propia trayectoria y sin repetirse nunca. Ha dignificado el humor en la tradicionalmente ceñuda literatura española; ha incorporado técnicas novedosas y géneros subestimados, ennobleciéndolos; ha sido un extraordinario cultivador de lo que suele llamarse “el estilo invisible”; ha creado un territorio imaginario de Barcelona que perdurará más allá de la Barcelona real, y que de hecho tiene ya larga vida en las obras de sus seguidores... Dentro de su aparente despreocupación, sus novelas son enormemente enigmáticas, a veces casi herméticas, como si uno notara una corriente subterránea muy fuerte en ellas de lo que no se cuenta y podía haberse contado. Por eso dejan huella y resuenan en la

memoria, porque también tienen misterio. Y, por supuesto, me han hecho reír como casi nunca en el acto de leer.»

«Desde la publicación en 1975 de *La verdad sobre el caso Savolta* hasta hoy mismo, yo distinguiría como uno de los rasgos más acusados y significativos de la novelística de Eduardo Mendoza una ejemplar, desenfadada y muy estimulante libertad en el enfoque y el tratamiento de géneros y tendencias literarias diversas. En cualquier terreno que se mueva, esa libertad se manifiesta sin menoscabo de la tensión narrativa, y ése es un rasgo de auténtico novelista —opina Juan Marsé. Y añade—: La buena literatura contiene siempre grandes dosis de fe en sí misma, pese a las dudas, vacilaciones y desencantos que el autor haya vivido durante su gestación. Me gusta Mendoza porque, por encima de cierto desencanto que creo percibir en él con respecto a la ficción, nunca desatiende los problemas esenciales del oficio: la claridad, la vivacidad, la intención, el humor, el sentido común literario.»

«Mendoza —aporta Quim Monzó— ha sabido jugar con una forma de narrar supuestamente convencional, unas estrategias argumentales y estilísticas aparentemente clásicas, para crear un mundo de ironía y añoranza. Me gusta por la distancia que pone con lo que narra, porque me permite dejarme llevar de la mano sin sentirme empujado, porque insinúa más que obliga.»

Estos comentarios a propósito de la aportación y de los atractivos de Mendoza, debidos a figuras senior de las letras españolas, hallan su eco en los de otros autores que han obtenido el favor del público en fechas más recientes. «Mendoza contribuyó decisivamente a sacar

la novela española de la autofagia torpe, tediosa e inmadura en que la había empantanado el llamado experimentalismo de los setenta, cuando se dio en llamar experimentales a unas novelas que no se entendían y que en consecuencia nadie se molestaba en leer —afirma Javier Cercas—. Las novelas de Mendoza se entendían, y en consecuencia la gente se puso a leerlas. Esto en aquel momento supuso una verdadera revolución, en cierto sentido semejante, para el ámbito del español, al boom de la narrativa latinoamericana.

»Me gusta Mendoza —prosigue Cercas— porque me hace reír y me emociona y me hace pensar o, mejor dicho, volver a pensar cosas que equivocadamente ya creía haber pensado. Porque me obliga a ver la realidad de un modo distinto. Porque carece de cualquier atisbo de presunción o solemnidad. Porque tiene el buen gusto o la decencia de no tratar de cobrarme a mí, como lector, todo el esfuerzo que le ha costado a él, como escritor, escribir lo que ha escrito. Porque siempre mantiene el lenguaje tenso y ávido de significación, lo que significa que nunca se resigna al lugar común, salvo cuando en el lugar común hay más verdad que fuera de él. Y por unas cuantas razones más.»

«Mendoza devolvió la vida a la novelística española moderna —dice Carlos Ruiz Zafón—. *La verdad sobre el caso Savolta* aportó una inyección de vitaminas, de inteligencia y de agilidad sin paralelo en su momento. Mendoza aterrizó en la narrativa española en el instante en que más se le necesitaba, y su ingenio, su recuperación de la capacidad fabuladora y su desarrollo personal de una narrativa rica, barojiana y lúdica tuvo efectos altamente revitalizadores.»

Cualidades personales

Estos efusivos y generalizados elogios a la literatura de Mendoza se extienden —lo cual resulta más sorprendente, si cabe— cuando se valoran las cualidades personales del escritor. «Son muy apreciables su bonhomía, su gentileza, su generosidad, su aire socarrón y risueño y su elegancia. Y su ironía verbal —asevera Marsé—. En una rueda de prensa lo imaginé de pronto respondiendo a una pregunta como Stephen Dedalus en *Retrato de un artista adolescente* de James Joyce, cuando dice: “Me estás hablando de nacionalidad, de lengua, de religión. Éstas son las redes de las que yo he de procurar escapar.”»

«Para mí —afirma Javier Marías—, Eduardo es una persona agradabilísima y educadísima, pero siempre con un punto de ironía hacia las cosas, a veces casi imperceptible, de tan educada que es. Su sentido del humor es de gran finura y apacibilidad, en ese sentido muy poco español. Y a la vez da la impresión, al igual que sus novelas, de poseer una corriente subterránea que lo hace poco menos que impenetrable en algunos aspectos, en verdad muy enigmático. En cierto sentido, podría decirse que, a la vez que está, parece no estar allí donde uno lo ve. Un gran amigo, eso además.»

«En una sociedad integrada mayoritariamente por bestias (incluido por supuesto yo mismo), el rasgo más aparatoso de la personalidad de Mendoza es esa mezcla de buena educación, genuino interés por los demás y sentido del humor que sólo se me ocurre llamar cortesía, palabra significativamente en desuso —aporta Cercas—. Pero a lo mejor el rasgo más característico de Mendoza es la reticencia, es decir, un entusiasmo desa-

forado por la realidad a duras penas refrenado por la inteligencia, como si su naturaleza le inclinase a ser un gamberro descerebrado y feliz, y su razón se lo impidiese o le advirtiese de los peligros evidentes que comporta la adhesión sin fisuras a lo real.»

«Da la impresión de ser una persona tímida, que prefiere vivir de puertas adentro y que observa el mundo pasar con ironía y amable desapego —dice Ruiz Zafón—. Su conversación está salpicada del ingenio que brilla en su obra y tiene algo de caballero de alta sociedad en una comedia de Preston Sturges, pero más calmado, más distante y que se escuda del mundo y sus banalidades en ese humor punzante y rápido, un humor inglés pasado por el paseo de Sant Gervasi.»

«Es educado, inteligente y amable», agrega Monzó. «Es más alto que la media hispana y viste mejor —remata Vicente Molina Foix—; sabe idiomas, ha viajado y, sin embargo, a menudo se comporta con la reticencia y el candor de un payés.»

Objeto del deseo editorial

La veneración que despierta Mendoza entre sus colegas es compartida, y no sólo debido a razones estéticas, por quienes ejercen de editores por cuenta de terceros. La agente literaria Carmen Balcells lo resume como sigue: «Todo profesional que accede a un cargo relevante en una gran editorial se cree en la obligación de intentar fichar a Eduardo, ofreciéndole, por ejemplo, sustanciosos premios. Es algo que ha ocurrido un montón de veces.»

También los grandes editores-propietarios querrían

incorporarle a su equipo. «Eduardo es un escritor de una inteligencia excepcional, nada exhibicionista, camuflada bajo una gabardina bastante abrochada —afirma Jorge Herralde, de Anagrama—. Admiro su sentido del humor, tan inesperado, a veces un adjetivo en el recodo de una frase o un delirio imperturbable: un artista del contrapié... En un texto sobre Wodehouse escribí que su humor ganso a veces me recordaba el de Mendoza, aunque éste, en realidad, era como un “hooligan vestido de tweed”. A Eduardo no le desagradó la comparación... Le estoy muy agradecido, pues, como lector. Y también porque me facilita la vida. En efecto, en las entrevistas aparece una pregunta recurrente: “¿Qué escritor que no sea de su catálogo le gustaría publicar?” Desde hace décadas respondo: “Eduardo Mendoza.” Por una parte, es totalmente cierto; por otra, Eduardo no despierta problemas de egos: está (es decir, lo han situado los demás) *au dessus de la mêlée*. Y si mi respuesta no tiene que ser escueta, incluyo a menudo a Borges y Mar-sé, bien indiscutibles e indiscutidos.»

Beatriz de Moura (Tusquets Editores) tampoco ahorra elogios: «Mendoza ha aportado la experiencia novelesca anglosajona a las letras españolas. Me gusta su obra porque es un escritor que sabe contar historias, porque éstas están impregnadas de humor y porque sabe crear personajes. Me parece, además, una persona de gran inteligencia, lucidez y sentido del humor.»

«Antes que nada, Eduardo Mendoza ha sido para mí una gratísima, estimulante y recurrente lectura veraniega —concluye Jaume Vallcorba (Quaderns Crema y Acantilado)—. Pocas veces me he encontrado con un autor tan dotado y con tanto oído para percibir los tics, y para reproducirlos con verdadero genio. Por eso (y

por muchas otras cosas) me ha divertido siempre muchísimo, y debo agradecerle las alegres lágrimas con las que tantas veces me ha deleitado. Más aún y si cabe en sus inicios, cuando empecé a leerlo, en aquel ambiente en el que la risa (al menos para mí) era un regalo. Desde el principio se me hizo familiar y acogedor. ¿Que si me gustaría tenerlo en mi catálogo? ¿Y a usted qué le parece?»